

tan bueno, que pagó su error y su ambición muriendo cuando estaba tan joven y tan lleno de vida, al pie de la bandera que había empuñado.

El rencor ha desaparecido: la historia de aquella época memorable puede hacerse ya con imparcialidad, y sin herir afecciones ni falsear el verdadero carácter de las cosas y de las personas.

De esa imparcialidad cuidaremos sobre todo en este pequeño trabajo.

Damos á este opúsculo la forma que tiene, porque siempre hemos creído muy cansado para el lector, cuando tiene que leer las notas puestas al fin de un libro, obligarlo á que tenga que consultar el texto á la vez que la rectificación.

Por eso rara vez se leen las anotaciones.

Y nosotros queremos que se lea nuestro trabajo, pues con ese fin lo hemos hecho.

Sin pretensiones, y solo obligados por el deber de rectificar los errores que ha cometido Kératry, nos presentamos con nuestro análisis en la mano, creyendo con fé en que si á nuestra vez se nos rectifica, también se nos concederá que nos ha inspirado el amor que tenemos á México, esa querida predilecta de nuestra alma.

PRIMERA PARTE.

LA INTERVENCION.

I.

Era el día 13 de Junio de 1867.

El que escribe estas líneas estaba sentado en un oscuro rincón del teatro de Iturbide de Querétaro, teniendo sobre sus rodillas un pedazo de papel blanco, y un lápiz en la mano, para tomar apuntes sobre el drama terrible que iba á representarse allí.

En efecto, en aquel lugar debía reunirse el consejo de guerra que debía juzgar á Maximiliano de Hapsbourg, y á sus dos generales Mejía y Miramon.

A las nueve de la mañana el consejo estaba instalado á la derecha del espectador: á la izquierda estaban los banquillos en que debían sentarse los acusados, y tras este sitio se encontraban los cinco abogados que iban á defender á los reos.

Entre los miembros del consejo estaban el asesor y el fiscal de la causa.

A poco llegó la fuerza que custodiaba á los dos prisioneros Miramon y Mejía. Maximiliano estaba enfermo, y los médicos certificaron que no se le podia extraer de la prision.

Los reos quedaron detenidos y guardados por una doble hilera de soldados dentro del pórtico del teatro; se les colocaron dos sillas junto á la puerta del salon.

Comenzó la lectura de las piezas del proceso, y cuando esta concluyó, los reos fueron llevados al escenario, primero Mejía y despues Miramon.

Entónces se escucharon aquellas magníficas defensas, que aun cuando hoy se juzgan con demasiada severidad, entónces hicieron la impresion necesaria en aquella situacion tan indescriptible, tan llena de dificultades y de escollos.

La que pronunció Vega, sobre todo, en defensa de Mejía, fué una pieza digna del foro romano.

Terminado el acto, los reos fueron conducidos á su prision.

Algunas horas despues de que concluyó sus debates el consejo, despues de que habian trascurrido cuarenta y ocho horas de sesion, es decir, el dia 14, se supo que se habia pronunciado la pena de muerte.

Todos aguardaban ese desenlace, y sin embargo, los ánimos se agitaron con un sacudimiento terrible.

Se agotaron las influencias cerca de Juarez y de su ministerio para obtener el perdon de los condenados á muerte, pero todo fué inútil.

El gobierno pesó en su ánimo toda la responsabilidad que sobre él reportaba cualesquiera que fuese su resolucion. Y escogió la mas terrible, la responsabilidad de la sangre.

Pero no pensó en matar al emperador y á sus generales, sino en romper la bandera de la guerra civil.

Y la sentencia de muerte quedó ratificada, no en nombre

de la vindieta nacional, sino en pró de la conveniencia pública.

El dia 19 de Junio la mañana estaba serena, tibia, azulada. Los rayos del sol naciente apenas besaban las cimas de las montañas. Los troncos de los árboles desgajados por el cañon, arrojaban nuevos retoños que impregnaban el ambiente con sus frescas y perfumadas emanaciones.

En medio de aquel cuadro risueño como un idilio de amor, en medio de aquella naturaleza vírgen, húmeda, llena de voluptuosos desfallecimientos y de vida y de luz, se destacaba una escena terrible y sombría.

Sobre aquel florido valle se levantaba la pequeña montaña denominada el Cerro de las Campanas.

En la falda de la montaña habia un cuadro de acero formado por las tropas de la República.

Tres carruajes que ascendian por esa falda hicieron alto junto al cuadro: de ellos salieron los tres condenados á muerte, llevando cada uno de ellos un sacerdote á su lado.

Pasaron unos minutos, cuando se escuchó una detonacion poderosa, seca, terrible, sin luz, porque la suya se confundió con la del sol.

Se alzó una masa de humo, y á traves de él se vió en la tierra tres cadáveres llenos de sangre. Eran los de Maximiliano, Miramon y Mejía.

El imperio habia concluido.

Yo presencié el consejo de guerra que los condenó.

Yo escuché la fusilería que desgarró el pecho del emperador coronado por la Francia.

Maximiliano, antes de caer, al pararse en su puesto, lan-

zó una última mirada á aquel cielo purísimo impregnado con la luz suave y cintilante de la mañana.

Yo sorprendí esa mirada.

Yo ví aquel rayo de fuego que se desprendió de sus ojos azules; era la mirada ávida, anhelante, que daba, antes de apagarse para siempre, el último adiós á la vida.

De aquella pupila de un azul intenso como el cristal de un lago, ví salir aquella luz postrera de la existencia, recorrer como un relámpago el valle donde se reclinaba la ciudad con su tórax de piedra desgarrado por el cañon, llegar á la cima de la montaña, ascender al espacio, y ya allí perderse en la inmensidad.

En ese supremo momento de la vida del sentenciado á muerte se debe vivir un siglo.

Maximiliano debió pensar entonces, con esa instantánea concepcion que apenas se concibe, en la loca de Miramar; en Napoleon sintiendo, al saber aquel fusilamiento, que el terror le sacudia el corazon y la ola roja de la vergüenza le invadia el rostro; en la España y la Inglaterra aplaudiéndose de su diplomático egoismo, y en Roma limpiando con su manto papal la gota de sangre que saltara desde el patíbulo de Querétaro hasta la tiara infalible de su rey.

Aquella mirada encerraba todo un drama, cuyo hilo secreto comenzó á urdirse en la recámara de la Montijo, y cuyo desarrollo se efectuó en un inmenso teatro, desde Paris hasta Lóndres cruzando el canal de la Mancha, desde Europa hasta América surcando el Océano y el Golfo, desde nuestras costas orientales hasta las del Pacífico, y desde el mar de las Antillas hasta el Rio Bravo.

El desenlace tuvo lugar en ese pequeño túmulo de Querétaro, el Cerro de las Campanas.

La bella heroína de ese drama era la República. En medio de esa inmensa multitud de personajes que lo representaban, entre los diplomáticos espúrios, y los zuavos y

los argelinos, y los belgas, los húngaros, los austriacos, los obispos, las damas de honor, los caballeros y los chambelanes, se destacaba la noble figura de la Patria, con su almo manto teñido con la sangre de sus hijos, delirante de dolor al sentirse violada por la mano impura del extranjero, y luchando hasta ceñirse el laurel de la victoria.

Debia seducir el deseo de escribir ese drama.

Desde entonces pensé en escribir esta historia.

Pero como debe escribirse, calcándola en los actos enteros de la intervencion.

El imperio se concibió en Europa: el convenio tripartito fué su base generadora.

Aceptado el principio de intervencion europea en México, la Francia, desprendiéndose de la molesta cooperacion de sus dos aliadas, llevó adelante esa intervencion, con ella levantó un trono, y al retirarla dejó que ese trono se hiciera pedazos, hundiéndose en el luto y en la sangre y en las lágrimas.

Hé aquí porque la intervencion es la primera página que tenemos que hojear en este gran libro de nuestros desastres patrios.

La Francia es el primer personaje de la tragedia.

Y entiéndase que cuando decimos de una manera genérica la Francia, queremos significar su gobierno.

En nuestro juicio, y conforme á las reglas de una estricta justicia, las naciones deben ser solidarias de los actos de sus poderes, cuando no saben ni impedir las faltas de estos, ni derrocarlos cuando en sus actos no traducen las inspiraciones del espíritu público.

De suerte que para una alma apasionada la Francia debia reportar la nota de ese infando error de Napoleon III, que se llamó la empresa de México.

Pero si juzgamos con la razon clara y serena, si atendemos á que la Francia hasta donde le fué posible condenó esa empresa, y si recordamos que el pueblo francés fué tambien una de las víctimas de la espedicion, puesto que desde allí disminuyó el prestigio de su nombre y su bandera no salió muy airosa al tener que retirarse ante la conminacion yankee, tenemos que dejar toda la responsabilidad de esa obra al emperador Napoleon, que tuvo el candor de llamarla la página mas gloriosa de su reinado.

Las reglas del método me han obligado á hacer estas salvedades y á asentar este prolegómeno.

Entremos ya en el terreno histórico.

II.

¿Cuál fué el origen verdadero de la intervencion? ¿Cuál la fuente ó el punto de partida de esa liga europea que trajo á nuestros mares las escuadras aliadas?

Apesar de la luz que arrojan ya sobre este punto de nuestra historia los documentos publicados en la prensa periodística de ambos mundos, en el Memorial diplomático, en el Libro Azul y en el Libro Amarillo, no es posible hallar aún la larva de donde salió esa monstruosidad.

En el pensamiento primordial de la intervencion, hay la concurrencia de varias causas generadoras. ¿Quién podrá apreciarlas todas y dar á cada una su propia gerarquía?

Las grandes obras de los pueblos, ya sean buenas ó malas, siempre son anónimas, y en las tormentas sociales hay algo de metereológico, como en las tempestades del globo.

En las montañas cubiertas de nieve de la Suiza, á la menor vibracion del suelo ó del viento, se desprende un témpano de hielo del vértice, y baja, y nuevos témpanos se le van agregando hasta formar un inmenso alud que descien- de la pendiente con una rapidez vertiginosa, cayendo al fin en una terrible avalancha que todo lo arrasa y destruye á su paso.